



Este es
ROLANDO

ESTE ES ROLANDO

Rolando es un hombre de 50 años, originario de la región de Valparaíso. Su historia es la de un hombre dotado de una inteligencia y habilidades sociales fuera de lo común, con capacitación laboral superior, de una extracción socioeconómica de clase media - nunca vivió la pobreza en su infancia - y en su vida adulta llegó a gozar de una excelente situación económica.

Criado por sus abuelos, sin vínculo conservado con su familia de origen, Rolando desarrolló tempranamente una severa adicción a las drogas que duró 30 años y, que terminó por desvincularlo de su trabajo, familia y entorno social, llevándolo a la calle donde ha permanecido por casi 10 años. Lo singular de la historia de Rolando es que a pesar de la gravedad de su estado de dependencia de las drogas, tuvo en algún momento de su vida la fortaleza interna y el apoyo necesario para salir de la calle e iniciar una vida de abstinencia. Más aún, se ha dedicado a trabajar como educador social en una ONG, ayudando a personas que se encuentran hoy en la misma situación que lo afectó a él en el pasado.

Son varias las condiciones personales y las oportunidades con las que contó Rolando y, que pueden explicar en parte el hecho de que haya logrado revertir su situación de calle y controlar su adicción. Uno de los factores más influyentes en el proceso es que cuenta con una sólida autoestima y confianza en sí mismo, que debe originarse en el cariño y protección que le brindaron sus abuelos cuando niño y, también, en el efecto de demostración que progresivamente fue generándole su éxito profesional y económico, entre otras cosas. Por otra parte, Rolando cuenta con una fe religiosa muy fuerte, a la que parece haber echado mano para salir de donde estaba y sobre la que se cimenta su trabajo actual. Por último, en un momento muy especial de su vida, se encontró con personas vinculadas a la iglesia y al trabajo social que le alentaron y apoyaron para recuperarse y cambiar su vida. Como pocos, Rolando contó con la suerte de que estos factores confluyeran sinérgicamente en su proceso de cambio, en el momento y lugar adecuados para que se produjeran estos resultados.

Toda la fortaleza y energía que revela Rolando en su relato, se relativizan a la hora de proyectar la sostenibilidad de sus logros, lo que pudiera representar un factor de alta vulnerabilidad, especialmente en lo que respecta a la mantención de sus vínculos afectivos. Sus rupturas con la familia nuclear y de origen son dolorosas y marcan muy significativamente su vida, pero a lo largo de su historia, estos hechos van perdiendo fuerza y dejan de ocupar un lugar importante en su relato. Una vez que sale de la calle, no menciona relaciones significativas posteriores o actuales, de ningún tipo. Claro está que en una situación de consumo abusivo de drogas, los vínculos afectivos se deterioran, desaparecen y se convierten en relaciones meramente instrumentales.

Sin embargo, desde que Rolando está rehabilitado, que de eso hace ya un tiempo, hasta ahora no ha vuelto a involucrarse afectivamente con nadie, no refiere amigos ni pareja, no ha iniciado acciones de revinculación con sus hijos y, sólo se mantiene cerca de las personas de la ONG, que son las que lo ayudaron. Los procesos que suceden a la salida de la calle, no sólo tienen que ver con desarrollar competencias para vivir bajo las condiciones y hábitos de la vida residencial, sino también con la consolidación de la fortaleza interna que hace posible morigerar procesos emocionales y psicológicos y, sobre todo, recomponer vínculos afectivos.

La historia de Rolando es un ejemplo de esperanza y de optimismo frente a la posibilidad de una persona de cambiar el rumbo de su vida de forma absoluta. Aquí se muestran las condiciones de resiliencia, de fortaleza interna, convicción y de fuerza de voluntad, que transforman la vida de un hombre de mendigo a agente social de cambio. Esta es la historia de un hombre inteligente, extremadamente fuerte y valiente, que salió de la calle y la droga por amor a sí mismo y a Dios.

SU HISTORIA

“yo no quería enfrentar la realidad..., preferí lo mas cómodo, esconderme en esa burbuja que es la droga, el alcohol y la calle y la irresponsabilidad y el cero compromiso con la vida”

Rolando es el mayor de sus hermanos, hijo de una pareja de profesores de inglés. La madre se dedica a labores de casa y el padre tampoco ejerce la docencia pues se dedica a trabajar como camionero. El relato de Rolando da cuenta de un padre autoritario, mujeriego, afectivamente distante, mientras que la madre aparece como muy sumisa. Sin embargo, según cree Rolando, su madre veía a su padre reflejado en él y, en consecuencia, lo maltrató mucho psicológicamente; por ello es que su abuela paterna, de común acuerdo con la madre, decide traérselo a Santiago. Los padres al final se separan y Rolando se queda con sus abuelos paternos, perdiendo el contacto con su familia de origen. Por una situación o dinámica que no queda clara en el relato de Rolando, éste se desarraiga de su familia drásticamente, y jamás vuelve a saber de ellos, al punto de no saber si sus padres o hermanos están vivos.

“Mi padre era un hombre muy autoritario, mujeriego, que llegaba una vez a la casa a tirar la plata...”

Mis papás eran de Viña, a mi me crió mi abuela, y a los 12 años decide traerme a Santiago, de común acuerdo con mi madre. Entonces, me aparté totalmente de mis hermanos, de mi padre y de mi madre. Supuestamente se separan mis padres y yo iba a estar mejor con mi abuela, porque yo era su regalón. Aparte, era el mayor y según dice mi abuela yo le reflejaba mucho mi padre a mi madre, entonces mi madre no me maltrató nunca físicamente, pero si psicológicamente. Mi abuela no me maltrataba, pero yo sufría mucho porque yo reemplazaba al papá en la casa porque era el mayor”.

Entonces mi abuela me apartó completamente, además que mi madre decía que mi abuela le llevaba hombres a mi papá, entonces mi mamá me desarraigó completamente y yo me desarraigo también y vivía súper bien con mi abuela (...) No sé si esta vivo mi papá.

En su relato, Rolando relaciona el comienzo de su consumo de drogas con elementos del contexto histórico social que le toca vivir en su juventud. Llama poderosamente la atención su capacidad para conectar procesos significativos de su biografía, con episodios del momento histórico y social en que se desenvolvía. Este ejercicio de conexión de la trayectoria biográfica personal con la historia, es un recurso extraordinariamente importante a la hora de comprender el por qué de la situación de calle. Por eso, uno de los procesos más importantes que educadores sociales y gestores de calle deben hacer, en el marco de un proceso de apoyo psicosocial, es justamente ayudar a las personas a organizar su trayectoria vital anterior, en un marco reflexivo que permita comprender aspectos relevantes de la identidad, el estar presente y el porvenir.

“Yo empecé a consumir marihuana a los 12 años. A Viña llegaban los hippies y a mi me fascinaban los hippies como niño, me fascinaba el estilo que tenían, además los hombres de mi generación fuimos muy reprimidos, porque nuestra juventud, nuestra definición de personalidad se dio en plena represión de la dictadura militar, fueron como muchas cosas, y además mi sistema de vida con mis padres, todo el cuento. Yo vi toda la libertad en la droga, ahí era happy, happy, entonces yo ya me drogaba y entonces al empezar a drogarte como que pierdes un poco el amor a las personas”.

Desde siempre, Rolando demostró notables capacidades intelectuales, que se reflejaron en un rendimiento escolar sobresaliente. Durante su etapa escolar tuvo excelentes calificaciones y terminó a muy temprana edad la educación media. Del mismo modo, cursó la carrera de Técnico en Comercio Exterior con excelentes resultados. Este capital habría bastando, en contextos de vínculos familiares presentes y redes de soporte adecuadas y suficientes, para continuar con una vida personal y social en constante progreso, pero su itinerario se vio interrumpido por las drogas, que empezaron a ganar cada vez más espacio en su vida.

“Empecé a preocuparme en responderles en los estudios a mis abuelos, mis abuelos me tenían como rey. A los 13 años estaba saliendo de 3° medio, porque mis primeros ocho años de estudios los hice en una escuela de monjas, entonces por mis capacidades me pasaron de un año a otro a mitad de año. A los 13 años en el liceo todos mis amigos eran mayores y consumían drogas”.

ESTE ES ROLANDO

Su ingreso al mundo laboral fue exitoso y comenzó a ganar mucho dinero con su profesión; además, se casó y tuvo tres hijos. Sin embargo, a esas alturas ya era drogadicto y presentaba un altísimo nivel de consumo. Su creciente dependencia de las drogas y la drástica alteración de sus prioridades, fueron hipotecando sus logros profesionales y familiares, que se vieron severamente vulnerados por el consumo.

“Me casé yo, tuve tres hijos, todo esto con un estatus social muy bueno. Yo soy técnico en comercio exterior y en el tiempo que ejercí mi profesión el comercio exterior era el boom, se ganaba montoneras, así que tenía un estatus de vida altísimo, el tiempo de los Chicago Boys. Tuve mis hijos y los criaba como todo papá desea, ‘mis hijos van a vivir como reyes, como príncipes’, pero yo era drogadicto y he ahí la diferencia”.

Por su drogadicción y por cambios en el rubro del comercio exterior, su situación económica se deterioró notablemente, situación que hizo tambalear su matrimonio, hasta romperse definitivamente. Por un tiempo, Rolando intentó salir adelante con mucho esfuerzo de su parte, incluso haciéndose cargo de sus hijos, llevándolos a vivir con él a la casa de su abuela, y ocupándose de su cuidado. Sin embargo, seguía consumiendo drogas, con todas las consecuencias psicológicas y emocionales que eso tiene, especialmente la imposibilidad de mantener rutinas, compromisos y afectos. Contribuyó a este quiebre la muerte de su abuela, pues su ausencia dificultó aún más el cuidado de los niños. De este modo, sólo logró mantenerse al cuidado de sus hijos por cerca de un año, hasta que colapsó viéndose obligado a entregar los niños a su madre de manera definitiva.

“No dimensionaba ni la plata que ganaba, ni pensaba en ahorrar, ni pensaba. Vivía el día a día bien, y tuve mi esposa también. Mi mujer era botarate y nunca pensó en ahorrar. Entonces me siguió el tren de vida a mí y “pasémoslo bien y happy, happy” no más, gastemos, plata, lo pasábamos bien, vivíamos como reyes, pero esto fue colapsando, empezó a decaer el trabajo de comercio exterior, empezamos a decaer económicamente y a mi mujer no le empezó a gustar, yo seguía drogándome, la frustración de no ganar lo que ganaba antes, no poder darle a mis hijos lo de antes y yo consumía más droga y eso me fue llevando a colapsar económicamente, y eso a una separación de común acuerdo y eso a una frustración total de mi parte.

Cuando decidí irme a vivir a la calle, ya me había separado de mi mujer y vivía con mi abuela e incluso hice harto esfuerzo por repuntar e incluso a mis dos hijos traté de criarlos yo, me los llevé donde mi abuela y yo los inscribí en el colegio, yo hacía de apoderado y trabajaba, iba a las reuniones, los vestía, porque mi abuela ya tenía 78 años, me preocupaba de su comida, de sus uniformes. Traté de sobrellevar eso también, yo dije, me la puedo, yo sé, me la puedo, pero me la pude durante un año, pero yo seguía consumiendo droga y alcohol, andaba arriba de la pelota, y como que cortai el hilo, parai con lo que es responsabilidad “mañana lo arreglo” y resulta que la vida no es así, eso es lo que hace la droga en las personas, pedis el hilo, cambiai de rumbo a cada rato”.

Aún en este escenario, Rolando intentó mantener el vínculo con su familia, visitando la casa de su ex esposa semanalmente, pero sus visitas se fueron espaciando, hasta que ella se llevó a los niños a Estados Unidos y desde entonces, hace quince años, que no sabe nada de ellos. Por el efecto anestésico que tiene la droga en las emociones y sentimientos de quien las consume, él no sintió nada al perder a su familia, no tiene registro de que ello haya significado un dolor particular.

“Al fallecer mi abuela ya colapsa el poder tener a los hijos y trabajar, por lo tanto se los lleva la mamá a su casa, donde mi ex suegra y en este intermedio mi ex mujer, traté de mantener la relación ¿cachai?, iba cada semana en un principio y trataba de no consumir drogas, por ejemplo el jueves, cosa del viernes estar más o menos bien, ir a verlos, dejarles un poco de plata y salía de ahí y me iba volando... después iba cada 15 días, cada mes, hasta que mi mujer me dice que ella quiere irse a Estados Unidos con los niños y yo le digo que está bien y no me importó nada y se fue y no supe nunca más de ella y hace 15 años no sé nada de ella, nada de ellos...”

Separado de sus hijos y de su mujer, fallecida su abuela - figura de apego importante para Rolando -, decide irse, abandona la casa de la abuela, y se traslada a Santiago, comenzando con su vida de calle, que sostuvo por 12 años. Rolando reconoce que la pérdida de sus hijos fue el detonante más significativo de su partida a la calle, pero de manera no conciente, pues tiene claro que todo este proceso fue gatillado por la droga.

“Quedé sólo en la casa y ahí colapso completamente y digo: ‘me voy’ e incluso dejé la casa completamente sola, nunca más supe qué pasó y hasta el día de hoy, y no quiero saber, dejé todo botado y me fui a la calle en Santiago, y empecé a deambular. Por mi soberbia, decidí de irme a la calle con lo puesto, y así estuve en la calle durante 12 años”.

El abandono de mis hijos fue, yo pienso, el finiquito de mi decisión de irme a la calle, yo no quería nada más, yo no quería enfrentar la realidad, que había perdido a mi familia, preferí lo mas cómodo ¿cierto?, esconderme en esa burbuja que es la droga, el alcohol y la calle y la irresponsabilidad y el cero compromiso con la vida”.

SU VIDA EN LA CALLE

“Hay harta solidaridad entre todos porque están todos remando para el mismo lado, entonces, no falta el que le regalaron la fruta, el copete, la droga, y para todos, todos llegan con algo”

Rolando tiene muchas habilidades para comunicar, por lo que su relato tiene la riqueza de un testimonio muy ilustrativo sobre cómo es la vida en la calle y, lo primero que describe es la situación de exclusión y discriminación en que viven sus habitantes.

“... Además de que te excluyes tú, la sociedad te excluye completamente, porque al ser indigente eres inmediatamente excluido de la sociedad (...) te acercas a los amigos de tiempos mozos, y “¿en que estas ahora?, bueno ahora estoy en la calle”, “ah ya que pena”, pero ahí nada más, es muy raro encontrar alguien que te diga “ah no, vente para mi casa, yo te recibo”. Aparte si por ejemplo, tú llevas una semana con la ropa puesta, empieza a mermar la facha, que no tengas dinero para afeitarse, tienes que movilizarte para bañarte y todo eso en la calle es un tema... te das cuenta que estás sólo...”

Rolando describe la forma de vivir y de estar en la calle, habla de sus perfiles más comunes y de su forma de organización, donde queda claro que el valor de la solidaridad y la grupalidad son muy altos. Las caletas se constituyen en los hogares de las personas, donde son aceptados plenamente, con sus capacidades y limitaciones. Pensar en la gente de calle como una tribu urbana más, choca con las representaciones más mediáticas de la ocupación del espacio público por las múltiples estéticas de la moda y el consumo. Sin embargo, la visión de Rolando transmite con mucha elocuencia la dinámica de la vida que se construye en la calle, la multiculturalidad, el encuentro intergeneracional, las reglas, rutinas, hábitos y desafíos de la sobrevivencia en calle.

Esto hace pensar que aún dentro de la vida en calle hay diferencias desde el punto de vista de la vulnerabilidad: si bien es cierto, las personas más dependientes, con mayor deterioro psicosocial, con trastornos mentales o psiquiátricos y las de edad más avanzada, están efectivamente expuestos a más riesgos y tienen una calidad de vida más deteriorada, también ocurre que el que está vinculado a un grupo o a una caleta, tiene otros recursos y posibilidades que el transeúnte solitario que no tiene apego o grupo de referencia.

“Los roles están bien definidos, y siempre hay un líder, y donde hay un buen líder está definida la tarea. El loquito con su esquizofrenia no hay que pescarlo, y aporta también y tiene su rol, ‘ésta’ es la polola de tanto tanto y a esa no la toca nadie, a esta no, a esta la toca todo el mundo... Hay un líder, hay un loco, está la pareja, hay uno que se mete toda la pasta, pero en sus grupos son aceptados con sus defectos y virtudes, es una idiosincrasia, hay de todo y todos están juntos y conviven, de repente pelean, de repente están abrazados, tu te reúnes con tus pares, o sea si tu vas a una caleta en estos momentos el mayor 18 años de ahí para abajo tenis hasta 9 y pueden haber dos de 15 hombre y mujer que tienen una guagüita. Los viejitos son como más mañosos, los jóvenes son más accequibles a todo, el adulto tiene más definidos a sus pares. Los roles en las caletas están bien definidos. He pasado por mil y unas, he dormido en autos, en puentes, en las caletas, he formado caletas, hecho grupos de indigentes...”

Hay harta solidaridad entre todos porque están todos remando para el mismo lado, entonces, no falta el que le regalaron la fruta, el copete, la droga, y para todos, todos llegan con algo. Eso se da ahora, funciona así porque conozco caletas”

Cuando Rolando habla de sobrevivir, se refiere a las acciones por medio de las cuales él y las personas de calle en general, realizan las actividades básicas cotidianas de alimentación, higiene, descanso y generación básica de ingresos. La sobrevivencia en calle, según Rolando, se sustenta en el valor de la solidaridad, con un sentido de tribu muy arraigado donde cada uno hace su aporte y el que tiene más condiciones lidera la vida en grupo, consiguiendo el sustento para sí y los otros más dependientes. Por sus atributos personales, a Rolando le ha tocado ser este líder y, confía plenamente en sus condiciones personales como principal medio de subsistencia.

Pero su vida en la calle también se ha dado en solitario porque, según dice, poseer un capital cultural y cognitivo más alto que el de otras personas de la calle, le ha hecho incompatible con algunas personas, generándose una suerte de autoexclusión que también explica los distintos momentos de su estar en calle. La socialización de la vida en calle ocurre por diferentes vías, las estrategias son diversas y las opciones variadas, aunque la mayor parte de ellas sólo alcanzan como mecanismos de producción de subsistencia.

La posibilidad de vislumbrar proyectos que superen el día a día se ve fuertemente limitada a la severidad de la condición de calle que exige, para sobrevivir, la puesta en práctica de múltiples estrategias. La construcción de redes, las

“Para subsistir siempre hay medios, conoces partes donde botan la comida, donde dan una moneda, donde puedes adquirir monedas, de repente donde puedes robar algo fácil y venderlo, todo eso se va adquiriendo a través de los otros indigentes con mas experiencia, etc., etc., así que se vive el día a día (..). los de La Vega saben dónde pedir comida, donde regalan ropa, donde pedir mercadería, donde vale la carne más barata, donde está la droga más buena y eso lo saben todos los cabros de las caletas y los que circulan alrededor de La Vega,

Te levantas todos los días a sobrevivir. Para eso te programas, en los restaurantes donde botan comida, a veces saben que vas y te lo dejan aparte; tienes pololos, un trabajito por allá, por acá, barrer, recoger la basura. Las mujeres hacen otro tipo de pololos, prostitución, droga, entonces conseguir dinero para la droga o el alcohol y así te alimentas, se da mucho más en lo grupal. Si te fijaras, son contados los indigentes que andan solos.

En Viña, en los últimos años que estuve, había una casa del Hogar de Cristo donde venden ropa, entonces como soy conversador, educado y me regalaban ropa y zapatos e iba cada una o dos semanas y les tiraba unas monedas y me pasaban la ropa completa y me iba a un restorán. Entonces me duchaba y me afeitaba y botaba la ropa sucia... así lo hacía yo. Por ejemplo cachureando en la basura aparecía una preste barba y un espejo y un poco de agua. Esa era una rutina que tenía.

El baño por ejemplo ¿cómo se ingeniaban?, en las torres de San Borja se bañan ahí mismo, en Viña se bañan en el mar o te bañas en el local donde te venden la caña de vino y ahí le pides permiso para pasar al baño, alguna señora que le vas hacer un pololo, limpiar, le dices que te lo preste o te prestan una manguera, eso es cuando tienes todavía cierta dignidad, porque hay unos que ya ni siquiera se bañan...

... tengo capacidad de liderazgo y obviamente los estudios que tenía me sirvieron en la calle, me sirvieron para manejarme, para relacionarme. Yo fui líder de una caleta, por eso lo digo, es así, entonces ahí lo van transformando en un hogar y al final todos salen a promover la caleta y sus vicios, pero todos aportan para la caleta (...) viví sólo también, en un auto abandonado justamente, por el tema de mis capacidades, a mi no me gustaba si alguno se ponía insolente o falto de respeto, como que no me empezaba a gustar”.

El origen de la situación de calle es tan complejo como diverso. Razonamientos simples indican que la droga, el alcohol, las rupturas familiares, la comisión de delitos y situaciones de conflicto con la justicia, son causas frecuentes de esta condición. Sin embargo, son también los vértices expuestos de trayectorias mucho más complejas, algunas de las cuales incluso encuentran su origen en la infancia: situaciones de desapego, mal trato, violencia o abuso, generan

trastornos emocionales y afectivos que sin una buena contención y en contextos de vulnerabilidad o riesgo, dañan las capacidades resilientes de las personas. Rolando comparte en su relato, reflexiones profundas en torno a las causas que hacen que las personas lleguen y se mantengan en la calle y, en general, se refiere a sentimientos negativos hacia ellos mismos, generadas en situaciones de quiebre biográfico que no han sido capaces de superar por sus propios medios.

“Vivir en la calle es simple, no tiene responsabilidades, no tiene compromisos con la sociedad.

Eso pasa con la gente en la calle, muchas historias de vida en las que hay mucha frustración, hay mucha pena, hay mucho rencor, hay muchos sentimientos de culpa, hay gente que nunca se va a perdonar, por eso es que muchas veces hay gente que uno no se explica por qué no quieren volver a la sociedad, o sea ¿cómo no va a querer mejorarse?, y ahí conociéndolos, te explicas cuáles son los sentimientos de culpa que tienen, que realmente no quieren enfrentar la realidad de lo que hicieron, lo que vivieron, por ejemplo muchos temas de violaciones de familiares cuando niños, entonces ellos se fueron a la calle, hay otros pérdidas amorosas muy grandes que no fueron capaces de afrontarlas”.

Las referencias de Rolando a la drogadicción y al alcoholismo, destacan el daño que la dependencia ocasiona no sólo a la persona que consume sino a todo su entorno y, cuando aparece el tema de las personas de calle que tienen adicciones, es inevitable acusar la deficiencia de los servicios de salud y su precaria capacidad de respuesta para estas personas, tanto en oportunidad, como en pertinencia y calidad de la atención. Como muchos otros testimonios, la experiencia y perspectiva de Rolando llama la atención acerca de la urgencia de las situaciones críticas que deberían ser atendidas mediante intervenciones más proactivas y altamente intensivas cuando las situaciones de riesgo, crisis o deterioro así lo ameritan. En la actualidad, la escasez de oferta de atención en ámbitos de especialidad, particularmente médica con propósitos de tratamiento y rehabilitación, se junta con las dificultades de acceso de los usuarios con mayor daño, entre los que desde luego se cuenta a las personas de calle.

“Todo Chile sabe lo que falta, tenemos un sistema de salud deficiente, tenemos deficiencias para atender las necesidades básicas (...) un drogodependiente es un cáncer que está expandido por todas partes. Un drogodependiente abarca muchas partes, entonces necesitaría más atención, más ayuda.

A la gente en situación de calle no le sirve, lamentablemente, la burocracia, ¿por qué están en situación de calle?, porque ya están en un extremo, hay que ayudarlos, pero no con tanta burocracia, entonces si fuera más rápido el sistema de atención, a lo mejor recibirían... se rehabilitarían, se reinsertaría mucha más gente...”

El testimonio de Rolando sirve para ilustrar cómo una historia de consumo progresivo y sostenido, va generando no sólo una potente dependencia hacia las drogas, sino además un círculo restrictivo que va alejando a las personas de las redes y las oportunidades. En su temprana juventud, Rolando comienza fumando marihuana y va de a poco consumiendo drogas duras, cada vez más fuertes, hasta convertirse en un policonsumidor.

Su experiencia refiere con claridad y precisión los sentimientos que la droga le va provocando y, por tanto, el estado anímico que perseguía al consumirla. Los reconoce como sentimientos falsos, pero nunca perdió las ganas de vivir atribuidas precisamente al efecto de la droga, la que al final se transformó en un efectivo sistema de anclaje a la vida: consumía para sentir ganas de vivir, aunque sin duda se trata de la forma más precaria y paradójica de mantenerse vivo. Sabiendo todo lo perjudicial del consumo, principalmente para su ánimo, intentó detenerse pero ya era demasiado tarde, pues su adicción física se hizo patente y experimentó los síntomas de la privación, el Síndrome de Abstinencia.

“Partí fumando marihuana y pasé inmediatamente a la meta anfetamina, es como la pasta base de ahora, era una droga estimulante, lúcida, energética, es una de las bases del éxtasis actual. Eso me permitía hacer una montonera de cosas impresionantes, incluso tu pensamiento así como tus actos funcionan con una rapidez absoluta, como avión, piensas y actúas de manera aceleradísima (...) así fue mi vida entre comillas ‘de auge’, euforia, de locura, de sueños, de muchas cosas...”

Yo había decidido dejarla, pero claro, los síntomas de abstinencia son terribles y son 30 años de adicción, de consumir drogas, sé lo que se sufre pero cuando uno quiere si se puede y todo depende de uno. Una vez sentí esos temblores en todo el cuerpo, me paro y me desvanezco, me quede mirando al cielo, se acercó toda la gente que estaba ahí, yo vivía en pleno centro de Viña (...) me empezaron a pasar esas cosas y agarré miedo de morir, claro, en el fondo uno puede ser muy drogadicto pero nunca pierdes las ganas de vivir es muy difícil que pierdas las ganas de vivir, por eso es uno de los factores que te drogas porque el otro sería suicidarte”.

Antes de tomar la decisión definitiva que lo llevó a iniciar su proceso de rehabilitación, habría intentado dejarla espontáneamente pero sin éxito, ni siquiera por su cuenta sino participando de programas de tratamiento, pero el consumo era persistente. La tenacidad de la adicción y la dureza de la etapa inicial del tratamiento con vistas a lograr la abstinencia, conspiraron en su contra. Tampoco resultó de ayuda la experiencia con los servicios públicos de salud ocupados del tema, pues al enfrentarse con ellos sintió que la oferta no era en absoluto pertinente a sus necesidades, convirtiéndose en un obstáculo más que en un facilitador de su proceso. Probablemente este sentimiento de ineficacia, producto de la tensión que se genera entre este tipo de usuarios y el sistema de atención en salud, es una de las causas de mayor influencia en la deserción de los tratamientos.

Si bien es cierto, está comprobado que no basta con generar las oportunidades para tratar las adicciones, sino que es imprescindible lograr la motivación por el tratamiento y la voluntad de adhesión, también es cierto que sin un acceso expedito que atienda la emergencia y provea contención en episodios de crisis, las probabilidades de fracaso son más altas. De igual forma, los usuarios más desvinculados de las redes institucionales, suelen ser los más sensibles al trato que reciben de parte de las instituciones. Por lo mismo, una política de atención a la dependencia de las drogas, debe considerar especialmente los contextos y mecanismos que condicionan el acceso y permanencia de los usuarios, ya que las malas experiencias generan en ellos la necesidad de abandonar prematuramente los procesos.

“Entonces yo tomaba a escondidas y me tomaba el remedio con (...) y entonces lo primero que empezó a pasar es que tomaba el remedio y un vaso de vino y como que todo vibraba por dentro así todo el cuerpo y aquí hasta los pies y así sentía y seguía poniéndole, no mucho para que no lo notaran...”

“Porque yo fui, antes que una pastoral en Viña me trajera a este programa, que me sirvió de tanto a mi, yo fui mucho tiempo atrás a un consultorio de salud de estos financiados por el gobierno para ver si podía rehabilitarme porque yo quería volver y me dijeron: “tiene carne de identidad, tiene certificado”, “pero no le digo que vivo en la calle y quiero ver si ustedes pueden hacer algo por mi” y ahí los mandé a la cresta, ahí uno piensa que todo el mundo vale callampa”.

“... una noche gatilló que yo cambiara y que yo dejara, estuve 2 semanas consumiendo después de esa determinación, una semana consumí alcohol ¿por qué consumí alcohol el último año de mi vida?, porque resulta que un mono y un pito me salían dos lucas, pero una garrafa de vino me salía dos lucas y el mono y el pito me duraba dos horas y la garrafa me duraba todo el día entonces por una cuestión de economía tomaba alcohol...”

SU CAMBIOS DE VIDA: ALTERNATIVAS Y LOGROS

“Me enseñaron cosas tan simples como aprender a quererme, empecé a conocerme porque de mi no me había preocupado nunca y me voy dando cuenta que soy entero soberbio

Hace alrededor de cuatro años, Rolando dejó de estar en la calle, acogiéndose a un programa de revinculación social de una ONG, que cuenta con un programa de tratamiento que incluye un sistema residencial, lo que le permitió internarse y llevar adelante un proceso continuo y sostenido. Desde entonces y, luego de haber avanzado en su rehabilitación, se ha desempeñado como monitor social, ayudando a personas adictas a iniciar sus procesos de abandono del consumo, convencido de que no hay mejor consejero para los adictos, que alguien que ha pasado por el mismo proceso. Confía férreamente en que cuenta con todo lo necesario para ayudar a las personas drogodependientes, para lo cual se ha

preparado exhaustivamente y estudiado en la Universidad. Rolando ha logrado dar un sentido claro a su vida y a todo lo que ha pasado, a partir del trabajo de ayuda a otras personas adictas, sustentado sólidamente en su fe.

"Ya no vivo en la calle, eso es pasado, ya me reinserté completamente a la sociedad. Hace, aproximadamente, cuatro años que no vivo en la calle. (la ONG) es residencial, llegué con 4 meses de abstinencia y llegué con el planteamiento de estudiar..."

"Yo cuando estaba drogado y curado y miraba al cielo decía: '¿qué queris de mi? si yo me quiero morir', ahora miro al cielo y le digo: 'esto es lo que tu querías, poder ayudar a la gente, querías que pasara por todo esto y ayudara a la gente', me han ofrecido trabajo en lugares donde puedo ganar mucha mas plata pero no podría ayudar a la gente".

Una de las claves que a juicio de Rolando marcan la diferencia entre tener éxito y fracasar en un tratamiento de adicciones, es el conocimiento de uno mismo. En el proceso de rehabilitación que él emprende, desarrolla un fuerte trabajo en ese sentido, en el que logra darse cuenta de los rasgos principales de su forma de ser y de las facetas que debe aprender a manejar. A pesar de que él reconoce que su gran defecto es la soberbia, su relato está poblado de alusiones a sus capacidades, su alta valoración de si mismo y a lo bien que le resultan las cosas, por lo que probablemente el trabajo de auto conocimiento se encuentra todavía en proceso.

Este rasgo es muy común en las personas que, luego de haber tocado fondo enfrentando situaciones extremas, en el límite de la sobrevivencia, lograr superarse y mejorar no sólo su condición sino también su estatus. Lo cierto es que por mucho que se valore la experiencia de quienes han enfrentado la calle cercana o directamente, la necesidad de una perspectiva externa que la complementa es fundamental, para lograr aquellos matices que develan los puntos ciegos de la experiencia y plantean otras perspectivas que apoyan la integración social efectiva.

“... porque si bien fui muy estudioso, me titulé de técnico en comercio exterior, estudié relaciones públicas, administración de empresas, un curso de inglés, empecé a estudiar pedagogía en matemáticas, esto antes de irme a la calle, llegó un momento que conocía tanto del mundo, que me di cuenta que cuando entré al proceso de rehabilitación, no sabía nada de mi.

... pero me enseñaron cosas tan simples como aprender a quererme, empecé a conocerme porque de mi no me había preocupado nunca y me voy dando cuenta que soy entero soberbio, dueño de la verdad, auto suficiente y todo eso, aprendí a conocerme en el programa.

Trabajo, y estudio en la USACH técnico en rehabilitación con personas con problemas en drogas. O sea, esto se llama medicina técnica y este año termino, casi no estudio porque casi no tengo necesidad, con los conocimientos que tengo de antes, más la experiencia de vida, sé muchas cosas y tengo grandes diálogos con los profesores.

Entonces es un hecho que un drogodependiente puede entender a otro drogodependiente, un psicólogo que no ha consumido puede tener mucha teoría, pero ¿quién puede motivarte más a dejar la droga?, alguien que haya consumido, ¿quién puede enseñar a dejar el alcohol?, uno que lo haya dejado, otra cosa es la parte teoría, la familia, correcto, pero no es lo mismo que la experiencia”.

Uno de los rasgos que más ha favorecido el proceso de rehabilitación de Rolando, es su fuerza de voluntad. Algo vehemente como el mismo lo reconoce, lo que se propone lo cumple a ultranza. Por ello es posible predecir que su abstinencia, si no es definitiva, se prolongará por un largo tiempo.

Rolando tiene una alta valoración de las personas que lo ayudaron a salir, aquellas vinculadas a la pastoral en Viña del Mar. Esta valoración se relaciona con acciones concretas que estas personas realizaron con él. Fueros perseverantes en sus intentos de convencerlo de aceptar ayuda, lo visitaron en su caleta, le facilitaron ropa limpia, un lugar donde dormir, y lo acompañaron de cerca en su proceso de inserción en el programa de rehabilitación.

“Si yo me comprometo y digo voy hacerlo lo hago, y si digo en un año más, en un año voy a estar ahí porque no me he salido de esa línea, si tú te programas, tú eso lo haces, eso es más menos como pienso ahora.

... ellos me recogieron de la calle, ellos me siguieron durante un año diciéndome: ‘¿quiere salir?’, ‘no déjenme, déjenme’ y así viví hasta que un día acepté la ayuda.

... entonces esta gente me ven llegar y me dicen “hola como está, buenos días”, y me abrazan y un besito en la cara y todo el cuento y todos me miran y te sirven su tecito... empezaron a conversar conmigo y me vieron que no era nada ‘guachin gua’ y que era más bien medio pituco para conversar y hablaba temas interesantes...”

Rolando no conserva vínculos afectivos con personas de su pasado; aquellos que significan una fuente de apoyo y gratificación para él, pertenecen al presente, a su nueva condición y, se circunscriben al mundo de la fundación en que trabaja y a las personas que lo ayudaron en su proceso terapéutico y de reinserción.

Su pasado está lleno de quiebres fundamentales y abandonos y quiebres, que tienen un fuerte impacto en él, pero han dejado de ser motivo de aflicción, pues tiene claro que sus prioridades son mantener los logros que ha alcanzado hasta ahora y, ayudar a las personas que están en la misma situación en que estuvo él. Claramente, su sentimiento frente a las relaciones afectivas es de decepción y soledad, plano en el que sitúa principalmente las relaciones con sus hijos y su ex mujer. Cuando habla de este tema, su relato se carga de amargura y frustración, tanto que puede adivinarse aunque no ahonde en ello.

“Durante 17 años nadie se interesó en lo que me pasaba, o sea yo viví en la calle, en la calle, en la calle. Incluso contacté uno que otro amigo, y ¿qué hizo esa persona que me conocía antes cuando me vio mal?, lo único que hizo fue aprovechar mis capacidades: mi simpatía, mi compañía y si podía ayudarlo también porque tengo hartas capacidades administrativas, en los negocios, entonces a más de uno lo orienté y chao y no me importaba y también lo mismo con mis hijos y mi señora y entonces yo pienso que deben estar mucho mejor sin mí”.

"(...) la relación que aún queda pendiente, que sí tengo la esperanza, de que algún día me voy abocar a buscarlos o algún día los voy a encontrar, pero no hay prioridad, prioridad soy yo. Mi prioridad es alcanzar un estándar de vida como el que tuve. Bueno, esa es mi prioridad y un estándar de vida sin mucho dinero, sino que con lo justo, o sea tuve mucho dinero y no me sirvió, no necesito tanto, pero si quiero vivir bien".

Mantener los logros alcanzados, después de prácticamente tres décadas de adicción y un largo tiempo viviendo en calle, bastarían para ocupar buena parte de las energías, aspiraciones y sueños de una persona. Sin embargo, la presencia de buenas redes de apoyo, una capacidad intelectual bien conservada, unas relaciones laborales y afectivas saludables y de buena influencia para su motivación y el asentamiento de sus convicciones, permiten que Rolando se pueda proponer otras cosas.

Sueña, por ejemplo, con entregar todo lo que sabe y ayudar de manera gratuita a las personas que están en la misma situación en que él estuvo. Cuenta con las competencias, con el tesón, las ganas, el compromiso, el apoyo de la fundación en que trabaja y la Iglesia, de modo que su sueño puede perfectamente ser una realidad, que favorezca a muchas personas que por la droga, están a punto de perderlo todo.

Su testimonio es un ejemplo esperanzador, de que así como la vorágine de las adicciones a veces parece no tener fin, tampoco lo tienen las posibilidades de seguir avanzando en un camino de mejoramiento continuo que no sólo brinda mayor bienestar a las personas sino que les devuelve dignidad y amor por sí mismas.

"Yo por ejemplo dentro de mis sueños, yo voy a ser prevención gratis en las calles (...). Yo tengo un proyecto, voy a hacer seminarios con datashow, con power point y voy a entregar lo que sé en las poblaciones, pero tengo que abocarme a terminar la universidad y tengo que abocarme a obtener la calidad de vida que quiero".